

Marcuse y Heidegger en Feenberg, una sociología crítica

Susana Raquel Barbosa (UNMdP – Conicet)

susanbarbosa@gmail.com

Es sabido que la propuesta de Andrew Feenberg de una teoría crítica de la tecnología se nutre de segmentos de la filosofía de Herbert Marcuse. El campo de filosofía de la técnica, si bien ya no es tan corto como hace dos décadas, son muchos los autores que evitan el reconocimiento de Heidegger como uno relevante para el *corpus*. Es Feenberg quien retoma elementos heideggerianos para la formulación de algunas tesis.

Mi propuesta es, desde una historia crítica de las ideas filosóficas, desagregar algunas de ellas a fin de plantear la posibilidad de una sociología crítica como una deriva de las tesis de democratización de la tecnología de Feenberg, en ligazón con las ideas de una racionalidad crítica y de institución de un mundo desde lo técnico.

1-Uno de los aportes de Andrew Feenberg¹ es la división retrospectiva de las teorías de la técnica en clave de teorías sustantiva e instrumental. Para la primera, caracterizada por el determinismo, lo técnico es una fuerza cultural autónoma capaz de arrasar todos los valores tradicionales con los que compite; ello significa que su mera utilización trae consecuencias para el hombre y la naturaleza que trascienden el logro de objetivos meramente técnicos. Para la segunda, que constituye la mirada predominante sobre la que descansan las políticas científicas de los gobiernos actuales, lo técnico es dependiente de los valores establecidos en otras esferas.

Si para J. Ellul el fenómeno técnico se ha vuelto el carácter definitorio de sociedad moderna, y para Heidegger la reestructuración técnica de la sociedad moderna ancla en la voluntad de poder nihilista, lo técnico conforma un nuevo tipo de sistema cultural que reorganiza el mundo social como objeto de control y facilita la administración de la sociedad como destino. Contrariamente, la más extendida mirada instrumental se basa en la

¹FEENBERG, A. (2000), “From Essentialism to Constructivism: Philosophy of Technology at the Crossroads” en E. Higgs, D. Strong and A. Light eds., *Technology and the Good Life*, Univ. of Chicago Press.

idea del sentido común de lo técnico identificado con herramientas que esperan servir a los propósitos de los usuarios. Su ley es la imposibilidad de optimizar dos variables ya que el costo para alcanzar metas ambientales, éticas o religiosas es una reducción de la eficiencia. Así como la teoría sustantiva de la técnica resulta ilimitada (es vehículo para una cultura del dominio y nuestro destino es avanzar hacia una distopía o regresar al primitivismo) así la teoría instrumental es limitada (es indiferente al resto de los valores por lo que no se debate públicamente su diseño sino sólo su eficiencia). Vale decir que ambas teorías giran alrededor del límite o su reforma, pero no su modificación. Feenberg toma de ambas teorías algunos puntos a fin de radicalizar su propósito hacia una transformación de la tecnología. Planteada la trama teórica ¿cómo se inserta el problema de la relación valor-técnica en la teoría sustantiva y en la instrumental? ¿Cuál es el peso específico del problema en ambos casos? En principio Feenberg acuerda con las teorías de Heidegger y de Marcuse, que son dos ejemplos de filosofías sustantivistas, acerca de la no-neutralidad de lo técnico, o de su impronta eminentemente política. De la neutralidad supuesta por la perspectiva instrumental corresponde desagregar sus alcances. Hay un alcance inmediato familiar que es relativo a la indiferencia de la técnica ante una variedad de fines para los que puede ser usada. Parece también ser indiferente respecto de la política ya que en la modernidad un pico y una pala sirven para un mismo uso tanto en la sociedad capitalista como en la socialista. Por otro lado la neutralidad sociopolítica de la técnica es una deriva de su carácter racional y de la universalidad de la verdad que involucra, en el sentido que su base son proposiciones causales verificables. Si estas proposiciones son verdaderas mantienen su *status* cognitivo en todo contexto social. Finalmente, la universalidad de la técnica equivale a la aplicabilidad en diferentes escenarios de un cúmulo de *patterns*; y en este sentido la técnica es neutral porque se mide por idénticas normas de eficiencia en todo marco pensable. Y por lo anterior, el esfuerzo de una teoría crítica de la tecnología como la de Feenberg se orienta a desentrañar la idea misma de eficiencia defendida por la teoría instrumental, idea que parece fortalecer el alcance de la neutralidad.

Pero lo que nos interesa es detenernos en el tema de la esencia para lo cual tomamos la propuesta de la instrumentalización secundaria de Feenberg para trocar el agorerismo

heideggeriano y habermasiano de un futuro negro para el género humano a causa de una tecnología opresora, en una mirada que da la espalda a la idea de tecnología como destino. Si la pregunta por la técnica en Heidegger se topa con la esencia de la técnica y con la interpretación del encuadre, la misma pregunta en Habermas supone una idea de técnica tan platonizante como la anterior. En uno y en otro caso se trata de concepciones sustancialistas del fenómeno de la técnica; hay un *qué básico e indestructible*, axioma éste que posibilita una definición de la tecnicidad de lo técnico, de su esencia. Desde la Grecia antigua, desde antes de Sócrates con Parménides la esencia es por definición lo invariante, fijo, estático. Y desde la Academia de Platón, a la esencia se asocia la idea, no como representación sino como el ser en tanto forma y como tal, eterno. Tanto Heidegger como Habermas, inscritos en diferentes tradiciones inmediatas de referencia –hermenéutica y postmarxismo- pertenecen sin embargo al suelo compartido del Occidente conceptualizador que fija, determinantemente, las características de las cosas con esencias invariantes. Con dialéctica o sin ella, ambos, Habermas y Heidegger, tienen certeza de que la técnica y su esencia entran en una teoría con delimitaciones claras y explícitas. Y esta certeza acaso fuera la responsable de confirmar el gran prejuicio filosófico contra lo concreto en el campo de la filosofía de la tecnología.

Es este prejuicio, precisamente, el punto que intenta desafiar Andrew Feenberg con el esfuerzo por ofrecer una idea alternativa no sólo de técnica sino de esencia de la técnica. Curiosamente la esencia de la técnica a lo Feenberg tratará de asir su socio-historia y de no isolarla de sus contextos políticos, económicos, culturales. Se trata de una concepción de esencia que atiende al enclave histórico del que proviene y que se abre, a la vez, a horizontes de futuros muy diferentes de los avizorados por las teorías referidas. En términos de la teoría filosófica de la tradición esta formulación no está lejos de ser tomada como una *contradictio in terminis*. Pero ubico la intención de Feenberg para desalentar la consideración precedente: quiere volver productivo el diálogo de sordos entre una teoría filosófica estancada en cuanto al campo de tecnología y los resultados de la evolución de los estudios sociales de la ciencia y la tecnología. Estudios que tomando ventaja del silencio de la filosofía de la técnica avanzaran a costa de aposentarse en dominios antes filosóficos, crecieron con disputas productivas pero también improductivas -cuando son dogma-, se consolidaran con programas fuertes pero también debilitados -por dar la espalda

a veces a la tecnología concreta y material-, establecieron manifiestos y declaraciones de principios y marcaran las fronteras de legitimidad de sus reflexiones para evitar caer en especulaciones filosóficas. No obstante ello su indiscutible aporte al campo de lo técnico más que ignorarse ha de ser incorporado a la nueva filosofía de la tecnología. El nexo de incorporación es la teoría de la instrumentalización secundaria de Feenberg.

La instrumentalización primaria es el proceso polietápico por el cual la práctica técnica reifica algo en técnico y lejos de agotar el significado de la tecnología estas instancias constituyen el establecimiento del esqueleto de las relaciones técnicas. Feenberg reconoce por un lado que tanto la desmundanización como el reduccionismo corresponden a aspectos de la noción heideggeriana de enmarcamiento y por otro lado, que la autonomización y el posicionamiento son analogables a la acción implícita en la idea habermasiana de medios. La vuelta ofrecida por Feenberg es la desreificación que sigue a la reificación por la que coloca al objeto nuevamente en su contexto original.

Los primeros cuatro momentos reificantes de la acción técnica constituyen el esqueleto de las relaciones técnicas básicas y para que esas relaciones configuren un sistema la técnica debe integrarse con el medio natural, técnico y social que sustenta su funcionamiento. La compensación de los efectos reificatorios de la instrumentalización primaria se da por el proceso de integración: aquí la acción técnica se vuelve contra sí misma y contra los actores pero también se concretiza.² En el proceso se reapropia de dimensiones de su relación con el contexto y autodesarrollo de donde la abstracción tuvo lugar originalmente. El carácter sub-determinado del desarrollo tecnológico deja espacio para que el interés social y los valores intervengan en el proceso de concretización. Al combinarse elementos descontextualizados, estos intereses y valores asignan funciones, orientan decisiones y aseguran la congruencia entre T y sociedad en el mismo nivel técnico. La técnica es social sobre la base de este concepto de integración.

² SIMONDON, G. (2007), *El modo de existencia de los objetos técnicos (Du mode d'existence des objects techniques)*, trad. M. Martínez y P. Rodríguez, Prometeo, Buenos aires, 2007: 41-ss.

2-Cuando Marcuse³ interpreta a Weber⁴ le interesa aislar el tema de la racionalidad ya que es ésta en su versión occidental y en su aspecto técnico-formal y de neutralidad valorativa, la que rige la concatenación “fatal” de la industrialización, el capitalismo y la conservación de la identidad nacional, y es responsable no sólo de la irracionalidad presente en la administración burocrática de la sociedad cuanto de la sumisión con que se condujeran por una calle de mano única millones de hombres al “aniquilamiento planificado”.

Pero avancemos de a poco. En el análisis que hace Weber del capitalismo industrial Marcuse encuentra objetable su teoría de no valoración (*Wertfreiheit*) intrínseca [libertad intrínseca de valores en ciencia y técnica] por cuanto ella se revela por lo que es en la práctica: eximir a la ciencia y a la técnica de aceptación de valoraciones, que tienen su origen fuera de la ciencia (Marcuse, 1970: 118). Para Marcuse esta *Wertfreiheit* ya aparece en el *Discurso Inaugural* de Freiburg donde “abiertamente subordina la economía nacional avalorativa al poder imperial”.

Cuando Weber trata de caracterizar en 1895 a la economía política la define como “ciencia política”, como servidora de los intereses del poder político de la nación. Despeja la idea de estado de toda configuración romántica ya que no es “algo indeterminado” sino la *organización terrena del poder de la nación*, y en ese estado nacional la razón de estado constituye también el criterio de valor último de la reflexión en la política económica” (Weber, 1991: 86).

Enmarco. En la dinámica de una serie de discusiones que Weber mantiene con distintos integrantes de la escuela histórica alemana le interesa dejar establecida una serie cuestiones de método con respecto a la sociología, la historia y la economía. No son principios, porque Weber en sus distintos aportes los cambia, los niega, se retracta y los reposiciona, siempre dando cuenta de la vitalidad de su sociología de la historia y su método de interpretación

3 MARCUSE, Herbert, “Industrialización y capitalismo en la obra de Max Weber” (1964) (“Industrialisierung und Kapitalism”), en Herbert Marcuse, *Ética de la Revolución (Kultur und Gesellschaft*, 2 1965), trad. A. Álvarez Remón, Taurus, Madrid, 1970: 117-140.

4 WEBER, Max, “El estado nacional y la política económica” (*Der National und die Volkswirtschaftspolitik*”, 1895), en Max Weber, *Escritos políticos*, edición de Joaquín Abellán, traducción y estudio preliminar de Joaquín Abellán, Alianza, Madrid, 1991: 63-100.

comprehensiva. No es el lugar para aclararlos, sólo tomo los de la economía política. Le preocupa la cuestión de si para esta ciencia los juicios de valor nacionalistas son prejuicios de los que debe desprenderse para, libre de reflejos afectivos, aplicar su propio criterio de valor a fenómenos económicos, y todo sumado también a la cuestión de si hay un 'propio' criterio de valor de la política económica (Weber, 1991: 81-82). Sus respuestas son que cuando esta ciencia emite *juicios de valor* lo hace desde el hombre que hay en cada economista; con respecto a los ideales de valoración, que no son eternos ni fijos sino mudables por lo que no se pueden imponer a futuro (Weber, 1991: 84) dice que “es un espejismo creer que existen ideales económicos o 'político-sociales' autónomos” de valoración, lo único que hay es “un *caos de criterios normativos*” (Weber, 1991: 87-88). Como de todos modos se emiten juicios de valor, advierte, es una excepción que quien los emita sea consciente él y lo haga a los demás, del núcleo íntimo subjetivo de esos juicios o los *ideales* a partir de los que valora los fenómenos observados. “Los ideales que nosotros insertamos en el objeto de nuestra ciencia *no son* algo específico suyo... sino que son los *viejos tipos generales de ideales humanos*” (Weber, 1991: 88).

Economía y sociedad es el texto de Max Weber más libre de valores en el cual el método de definiciones formales y tipologías “el formalismo se convierte en el rigor del contenido. Sus dos temas básicos son la teoría formal de la racionalidad y la teoría de la dominación. La teoría formal de Weber administra conceptos abstractos y se esfuerza por obtener: “la definición real de la realidad efectiva (*Wirklichkeit*)”. “Así, el concepto del capitalismo industrial se hace concreto en la teoría formal de la *racionalidad* y de la *dominación*, los dos temas básicos de *Economía y sociedad* ” (Marcuse, 1970: 119).

La idea occidental de racionalidad se realiza en un sistema de cultura material e intelectual (modos económicos de subsistencia, articulaciones técnicas, 'modos de vida', diseño de la ciencia, expresiones de arte) que encuentra su pleno desarrollo en el capitalismo industrial; y aquel sistema, que es el capitalismo, “tiende a un modo específico de dominación que se convierte en el destino del período actual: la burocracia total” (Marcuse, 1970: 119).

Pero ¿qué es la *racionalidad* para Weber? Tomo una división y dos aspectos. En su doble pertenencia a la dimensión teórica y práctica la racionalidad comparte una cierta orientación u objetivo, el dominio consciente del mundo. Porque si bien la racionalidad está emparentada con cierto saber, no se identifica con el conocimiento sino con los usos del

conocimiento que hace un sujeto. En el caso de una *racionalidad teórica* el dominio del mundo se ejerce desde la constitución formal de sistemas de saberes y creencias; la *racionalidad práctica* o de la acción involucra en cambio los criterios en función de los cuales un individuo actúa y decide.

Dos son los aspectos que toma Marcuse, la racionalidad formal y la sustantiva o material. Define Weber: “Llamamos *racionalidad formal* de una gestión económica al grado de cálculo que le es técnicamente posible y que aplica realmente (...). Este concepto es... *inequívoco* en el sentido de que la forma en dinero representa el máximo de esta calculabilidad formal”⁵.

La *racionalidad formal* se relaciona con lo calculable o lo técnicamente previsible en el contexto de la economía. En lo podría denominarse su *analítica de categorías económicas* Weber afirma que una economía de mercado organizada políticamente en un estado constitucional se relaciona con una sociedad absolutamente previsible, esto es, que detenta principios organizativos del conocimiento y de la acción social cuya virtud es la calculabilidad (*Rechenbarkeit*) o la estimación anticipada de los fines que son realizables mediante la causalidad inherente a los medios disponibles.

“Por el contrario el concepto de *racionalidad material* es completamente equívoco. Significa sólo este conjunto de cosas: que la consideración no se satisface con el hecho inequívoco... puramente formal de que se proceda y calcule de modo 'racional' con arreglo a fines con los medios factibles técnicamente más adecuados, sino que se plantean *exigencias éticas*, políticas, utilitarias, hedonistas, estamentales, igualitarias... y que de esa suerte se miden las consecuencias de la gestión económica –aunque sea plenamente racional desde el punto de vista formal, es decir, calculable– con arreglo a valores o a fines materiales” (Weber, 1964: 64-65).

Volviendo a Marcuse decíamos que el concepto de capitalismo industrial se hace concreto en la teoría formal de la *racionalidad* y de la *dominación que son* los dos temas de *Economía y sociedad* (Marcuse, 1970: 119). El núcleo del capitalismo contiene también el punto en el que la racionalidad formal weberiana se trastoca en la racionalidad del capitalismo mismo, con lo

⁵ WEBER, M., *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva (Wirtschaft und Gesellschaft. Grundrisse der Verstehender Soziologie 1922)*, trad. J. Medina Echavarría, FCE, México, 1964: 64.

que se convierte en el impulso irracional de adquisición, vale decir en razón económica. “La racionalidad se convierte así en condición para la rentabilidad, la cual, por su parte, está orientada a un cálculo sistemático y metódico, al 'cálculo de capital'”, (Marcuse, 1970: 121). Hay un espíritu de abstracción que inunda el clima del capitalismo y esa determinación se refleja en la reducción de calidad a la cantidad. “La razón abstracta se hace concreta en la dominación calculable y calculada sobre la naturaleza y sobre el hombre. Así la razón a que apunta Max Weber aparece como razón técnica: producción y transformación de material objetivo... mediante el aparato metódico-científico, construido en orden a la capacidad de producción calculable, cuya racionalidad organiza y controla cosas y hombres, fábricas y burocracias funcionariales, trabajo y tiempo libre” (Marcuse, 1970: 121).

Weber ha sabido, dice Marcuse, cuál era el núcleo de este sistema regido por la racionalidad formal, la subsistencia de los individuos o las actividades económicas que se dan en el marco de la economía privada con acreditación de beneficios por parte del empresario y frente a ello, la existencia de los hombres que luchan por su subsistencia y lo hacen en el contexto de un trabajo libre o de la libertad que permite la ganancia privada. Esta competencia entre términos desiguales es conducida por una razón técnica que desemboca en una dominación formal racional-burocrática que hace de los hombres esclavos.

Hasta aquí también los participantes en el diálogo, Weber y Marcuse parecen no disentir. El problema comienza cuando la descriptiva del sociólogo queda estrecha para algunos puntos. Según Marcuse la identificación de razón técnica y razón burguesa capitalista no alcanzó a ver por lo menos tres cosas: en primer lugar que la formalidad y la neutralidad de la racionalidad (por sus modos científicos y técnicos de participar en la intervención de los modos de vida) no son tan formales ni tan neutrales, que la razón formal no es la que vuelve a instaurar la “jaula de hierro” sino la razón de dominación, y en tercer lugar que la razón técnica puede contener en sí la posibilidad de una racionalidad totalmente diferente a su modo de aspectar en el industrialismo.

Independientemente de la descriptiva avalorativa de la racionalidad formal, el desarrollo de la misma en la vitalidad del sistema capitalista va alcanzando su concepto dejando la formalidad vacía como término huero. Así, dice Marcuse, “el concepto libre de valores de la racionalidad capitalista se convierte en un concepto crítico – crítico no sólo en el sentido de una crítica 'puramente-científica' de la objetivación, sino en crítica 'valorativa' establecedora de fines”

(Marcuse, 1970: 124). ¿Cómo se realiza la contenidización de la formalidad de la razón? ¿Cómo se vuelve material en Weber? Para Marcuse la clave está en su Lección de 1895 cuando alienta a colocar los objetivos de la economía política al servicio del de estado -aliento que vimos enmarcado en otro contexto-. También allí Weber desconfía de la madurez de la burguesía alemana para conducir la nación, sospecha ante esa debilidad ya que puede orientar al cesarismo y le queda sí arreglar a favor de la gran industria en desarrollo ya que es lo que puede garantizar la independencia de la nación en la batalla cada vez más dura de las competencias internacionales. Esto ha conducido, tiene razón Marcuse, a la sociedad industrial desarrollada y a la democracia meramente formal en la cual la democracia plebiscitaria es un instrumento de dominación más.

El *plus* de Marcuse es considerar que la razón pseudo-formal (porque no es avalorativa ya que apuesta por los valores y fines del capitalismo) es ideológica. El progreso científico-técnico en Marcuse ha asumido el rol de la ideología: el dominio sobre la naturaleza y el dominio sobre los hombres es producto del cálculo. Y no son agregados al dominio sino constituyentes de lo técnico. “La finalidad del dominio es material y como tal pertenece a la forma misma de la razón técnica” (Marcuse, 1970: 138).

Weber se apuró a identificar razón técnica con razón burguesa y creyó que la razón técnica era la que instalaba la jaula de hierro. No vio que la razón técnica es razón de dominación. No vio que aquella razón técnica podía contener el germen de su reversión. Acerca del cómo es posible ese trastocamiento es la deuda que Marcuse tiene hacia nosotros.